

Por fin cayó en la fortaleza una ligera lluvia. Todos los utensilios que podían contener agua, estaban dispuestos, y a pesar del fuego del enemigo pudo hacerse un buen acopio de agua y poner alguna en reserva.

Volvióse a hacer uso del biscocho, que había sido inútil, por falta de agua, durante mucho tiempo. En los últimos días de sequedad, se habían escapado algunos reclutas criollos, y de este modo la guarnición había disminuido considerablemente.

Entretanto el P. Torres había salido de Remedios con un cuerpo de tropas y una pequeña provisión de viveres; pero cayó en una emboscada que le había preparado el enemigo cerca de Silao. Sus tropas, que apenas resistieron el ataque, fueron muy en breve dispersas. Los soldados se retiraban a sus casas y Torres tubo que retroceder a Remedios. Las provisiones que habían quedado a retaguardia pudieron escapar de las manos del enemigo. Con esto, Torres no trató de hacer otra tentativa para socorrer el fuerte, aunque sabía que debía inevitablemente ceder, si no recibía pronto auxilios. Así se olvidaron o se violaron abiertamente todas las palabras dadas a Mina. El enemigo, apesar de su notable superioridad, había encontrado tan inesperada resistencia en su último ataque, que no quiso aventurar otro y se decidió a sitiar la plaza por hambre, sabiendo que sin agua y provisiones, no podría sostenerse mucho tiempo. Para impedir la entrada de refuerzos y auxilios y la retirada de la guarnición, se establecieron muchos piquetes al rededor del fuerte. Sin embargo, algunos hombres decididos salían todas las noches y recogían algunos viveres, mas estos socorros eran de poca importancia.

El fuego de los sitiadores no cesaba y también incomodaban mucho a los sitiados con el que les hacían las tropas ligeras que se habían repartido en las rocas; mas la per-

didada que ocasionaban no era considerable por las razones que dejamos indicadas. El relevo de los puestos solo podía hacerse de noche, y siempre con peligro, por las descargas de metralla que se hacían en aquella hora desde las alturas. Empezaban a escasear las municiones y ya quedaban solo pocos tiros; pero como los estrangeros a las ordenes de Mina, y particularmente los naturales de los Estados Unidos, eran excelentes tiradores, siempre mataban soldados realistas en las escaramuzas que estos hacían cerca de los muros de la fortaleza.

El enemigo hablaba de cuando en cuando con la guarnición. Algunos oficiales españoles del ejército de Liñan, que habían servido bajo las ordenes de Mina en España, se acercaron a los muros y quisieron verlo. Hicieron patente la apurada situación en que se hallaba, y la imposibilidad de recibir el menor refuerzo. Mina les respondía con franqueza, declarándoles los motivos que lo habían inducido a abrazar aquella causa, y acabando con asegurarles la resolución que había tomado de vencer o morir. Separábanse muy amigos, y cuando los oficiales realistas volvían a sus puestos, empezaban de nuevo las hostilidades, suspensas durante la conversacion.

Tres noches despues de la tentativa hecha por el enemigo para apoderarse del fuerte, Mina hizo una salida hacia el campamento de Negrete con doscientos cuarenta hombres. Treinta hombres de la guardia de honor y del regimiento de la Union, mandados por el general en persona, se apoderaron del reducto. El cuerpo del enemigo, que se hallaba a gran distancia a retaguardia, tomó las armas antes que pudieran llegar los Americanos, que hubieran dado un golpe importante, si hubieran estado oportunamente sostenidos por los criollos. Mas estos no se adelantaron y dejaron a sus compañeros espuestos a una lucha desigual, hasta que no pudiendo ya hacer frente al número excesivo de realistas, se vieron obligados a retirarse al fuerte. Esta opera-

cion se hizo en medio de un fuego vivisimo que mató e hirió algunos patriotas, entre ellos, once de la pequeña partida de extranjeros que atacó y tomó el reducto. Algunos de los heridos cayeron en manos de los contrarios, que les dieron muerte a vista de sus compañeros. Estos no pudieron presenciar semejante escena sin despecho.

El general conoció entonces que la rendicion del fuerte era inevitable si no se recibian pronto auxilios, y viendo que Torres no cumplia ninguna de sus palabras, ni hacia ninguna diversion en su favor, formó la atrevida resolucion de ir en persona a buscar todo lo que necesitaba, no dudando un instante que Torres se lo suministraria. Para llevar a cabo su proyecto, la noche despues de la salida al campamento de Negrete de que ya hemos hecho mencion, salió del fuerte en compañía de tres amigos; a saber: su ayudante de campo, D. Miguel de Borja y D. Encarnacion Ortiz, dejando al coronel Young el mando de la guarnicion. Despues de haber burlado, aunque con mucho trabajo, la vigilancia del enemigo, lo primero que hizo Mina fue proporcionarse algun agua y provisiones para el fuerte. Mas no traia consigo sino una pequeña partida de caballeria de Ortiz, la cual fue atacada por la enemiga, en mucho mayor numero, y obligada a retirarse.

Tambien tubo el general la pesadumbre de saber que todo lo que Torres habia dicho acerca de las tropas que iba a concentrar era una pura ficcion, o por mejor decir, que no habia hecho el menor esfuerzo para verificar esta concentracion que le hubiera sido tan facil. Por consiguiente y no habiendo ya nada que esperar de Torres, Mina dió orden al Coronel Young para que saliese del fuerte con la guarnicion.

Al mismo tiempo el enemigo seguía el sitio con vigor. El cañoneo no cesaba de dia y continuaba de noche con alguna interrupcion. La guarnicion tubo alguna perdida de muertos y heridos. La provision de agua recogida en

las ultimas lluvias se habia agotado, y los males que padecia la guarnicion tanto por el hambre como por la sed, se iban haciendo intolerables. Ya habian pasado muchos dias sin beber una gota de agua. Los niños se morian de sed. Algunos adultos estaban en continuo delirio, y habian agotado los ultimos recursos de la industria humana, para proporcionarse un alivio momentaneo. Otros, sin considerar el peligro, iban al arroyo y en lugar de satisfacer la sed perdian la vida. En estas circunstancias el enemigo tubo un rasgo de generosidad. Compadeció la suerte de las mugeres y les permitió bajar al arroyo y beber, mas no les era licito llevar agua al fuerte. En breve se conoció que esto no era mas que una estratagema cuyo objeto era saber lo que pasaba en la guarnicion. Por ultimo, un dia en que habian bajado muchas mugeres al sitio en que se les permitia beber, los realistas se apoderaron de ellas y las enviaron a la ciudad de Leon.

La escasez de alimentos no era menos sensible que la de agua; y fue preciso echar mano para vivir de la carne de los caballos, asnos y perros que habia en el fuerte.

Era igualmente insoportable el olor que exalaban los animales que habian muerto de hambre y los cadaveres de los enemigos que no habian recibido sepultura. Por fortuna acudian a centenares los buitres y disminuian una incomodidad tan insoportable como contraria a la salud.

Ya habian llegado a tal extremo los males de la guarnicion que la desercion empezaba a ser considerable, en terminos, que solo quedaron en la guarnicion 150 hombres utiles. Las municiones escaseaban tanto que se tomó el partido de no hacer fuego sino muy raras veces. Las balas con que se cargaban los cañones eran las que el enemigo disparaba. Las enviaba por la noche y por la mañana se le devolvian.

Las horribles calamidades que afligian a la guarnicion indugeron a algunos oficiales a suplicar al coronel Young

enviase un parlamento al enemigo, para saber cuales serían las condiciones que propondria, en caso de una capitulacion. El coronel se opuso desde luego a esta medida, pero se vió tan inoportuno por la guarnicion, que tubo que ceder, declarando siempre, que el paso era enteramente contrario a su modo de pensar.

La respuesta al parlamento fue que los estrangeros se rindiesen a discrecion y que los naturales participarian de la amnistia real. Cuando el coronel Young lo oyó, dijo que no esperaba otros terminos y que no creia que hubiese en la guarnicion un solo individuo que hablase de rendirse, cuando era necesario haberlas con un enemigo de quien no podia esperarse merced ni compasion.

El enemigo, que habia aumentado su sistema de operaciones, habia empezado a dirigir sus fuegos a la muralla del frente de la fortaleza, y como se componia de ladrillos sin cocer y de piedra blanda, las balas entraban con facilidad y rebentaban dentro, haciendo a las obras un daño irreparable. Los muros estaban casi completamente destruidos, y sus ruinas llenaban los fosos, proporcionando un transito mui comodo a lo interior. Hasta entonces se habian reparado de noche las brechas, mas ya eran tantas y tan considerables que era tan inutil como imposible continuar aquel trabajo. Tanto por estas circunstancias, como por la falta de municion, la disminucion de la gente y el deplorable estado de la que aun permanecia, el fuerte no era susceptible de defensa, y el coronel Young solo pensó en evacuarlo. Mientras se hacian los preparativos necesarios para ello en la tarde del 17, el coronel se presentó en el alojamiento de D. Pedro Moreno, para concertar el plan de la salida. Estaba a la sazón aquel gefe con algunos de los oficiales criollos y el mayor Mauro que entonces mandaba la caballeria de la division. Habiendo oido la proposicion del Coronel, le respondieron que el fuerte podia aun defenderse, y que ellos lo defenderian sin necesidad de los ame-

ricanos. El coronel Young se picó y resolvió diferir la evacuacion, pero declaró que defenderia el fuerte hasta la ultima estremidad, que moriria antes de rendirse, y el exito probó que sabia cumplir lo que ofrecia.

El 18 se observaron algunos indicios de ataque en las filas enemigas. Las tropas de la barranca se formaban y era de creerse que se trataba de un asalto. Hicieronse los preparativos de defensa, y aunque disminuía y en extremo desanimada por tan graves privaciones, la guarnicion se decidió a impedir la entrada al enemigo o morir en la brecha. El coronel Young, que estaba siempre alerta, distribuyó aquellas pequeñas fuerzas lo mejor que pudo. Destinó sesenta hombres a la defensa de la muralla del frente y los demas se dispusieron en los otros puntos faciles de atacar. Algunas de las pocas mugeres que todavía quedaban, previendo los horrores a que se esponian si el enemigo entraba en el fuerte, se armaron y reforzaron los diferentes puestos de defensa.

A la una se oyeron los tambores del cuartel general enemigo, y mui en breve los de las otras divisiones. Inmediatamente bajó una columna de la altura y la division del barranco subió a la que tenia enfrente, amenazando el lado de Levante, en tanto que la otra se presentaba con escalas por el lado del Sur. El enemigo avanzó con denuedo, al abrigo de los fuegos de su bateria, pero a pocos pasos tubo que detenerse por las descargas que la guarnicion le hizo. En vano procuraban los oficiales incitar a los soldados para que subiesen a la brecha. La tropa, en lugar de obedecerlos, se retiró con el mayor desorden. En los otros puntos, el ataque tubo igual resultado. Por la parte del Sur, siendo en extremo pendiente la altura por la que tenia que subir el enemigo, lo hizo con suma dificultad y se cansó mui en breve. A medida que se acercaban los soldados, recibian formidables descargas y piedras que les arrojaban

las mugeres. No siendoles ya posible sufrir tan tenaz e inesperada resistencia, se retiraron con perdida mui considerable.

Entonces cayó un abundante aguacero, el primero que caia despues de muchos dias de sequedad. El enemigo creyó que este momento era mui oportuno para repetir el ataque, pues inutilizadas las armas de fuego por el agua, la superioridad del numero decidiria la victoria. Otra vez sonaron los instrumentos guerreros, y otra vez se acercaron las columnas; mas en esta ocasion traian escalas y tremolaban una bandera negra, indicio seguro de la suerte que la guarnicion debia esperar si era vencida. De nada servian ni de una parte ni de otra las armas de fuego. El enemigo salió adelante y solo se le podian tirar armas arrojadizas. Por fortuna dejó de llover, y los sitiados, reanimados por el socorro que el cielo acababa de enviarles, empezaron a servirse de sus armas con el mayor tino. Los que llevaban las escalas murieron, y aunque los soldados realistas, aguijoneados por los oficiales, marchaban adelante, al llegar a pocas varas de la brecha, recibieron tan terrible descarga, que se separaron y retrocedieron inmediatamente, acogiendo al abrigo de las rocas, hasta que por la noche pudieron reunirse a sus cuerpos.

La mas sensible de las muchas perdidas que sufrió la guarnicion en este ataque, fue la del coronel Young, que perdió gloriosamente la vida en el momento de la victoria. En la ultima retirada de los realistas, el coronel deseoso de observar todos sus movimientos, subió a una piedra de la muralla, y mientras hablaba con el Dr. Hennessey sobre el exito feliz de la jornada y sobre la cobardia de las tropas reales, el ultimo tiro que disparó su bateria le llevo la cabeza. El coronel Young era un oficial de mucho merito, a quien respetaban mas que a ningun otro, excepto Mina, los americanos de la division. En todas las acciones se habia

distinguido por su inteligencia y valor. Mina tenia en el una confianza sin limites. Mostrabase mui sereno en la hora del peligro, daba sus ordenes con sangre fria y siempre estaba, espada en mano, donde habia mayor riesgo. En todas sus acciones relucian el honor y la firmeza. Era mui generoso, y sufría los males con animo tranquilo. Habia estado al servicio de los Estados Unidos de America, en calidad de teniente coronel del regimiento 29 de infanteria. Su cadaver fue enterrado, por los pocos americanos que pudieron sacarse del servicio, con todas las señales de honor y de respeto. La consternacion general de las tropas en aquel momento era el mas sincero tributo que podian ofrecer a la memoria de su valiente comandante.

Ocupó su lugar el teniente coronel Bradburn, y habia motivos para esperar que el enemigo, viendo que le era imposible tomar la plaza por asalto, levantaria el sitio; mas los gefes españoles conocian perfectamente el estado de la guarnicion y no quisieron dejar ir de las manos una presa tan importante. La estraordinaria defensa del fuerte les habia hecho ver que los hombres que la habian hecho eran sumamente perjudiciales a la causa real, y suponian que si Mina llegaba a perder sus tropas estrañeras, no se hallaria en estado de incomodar mas a los realistas. El enemigo, por consiguiente, no dió en el siguiente dia el menor indicio de querer levantar el sitio, y los patriotas no podian resistir mas tiempo, habiendose totalmente agotado los viveres y las municiones. Se resolvió, pues, abandonar la fortaleza, y tomadas las medidas necesarias, se dió la orden de ponerse en movimiento en la noche del diez y nueve.

Se examinó la caja militar y se vió que solo quedaban en ella ocho mil duros. Los fondos se habian reducido a tan pequeña cantidad por los pagos hechos a Torres a cuenta de viveres, por lo que se habia gastado en ropa y por las

cantidades que habia tomado D. Pedro Moreno. El general, ademas, se habia llevado consigo algunas onzas para comprar viveres, y la suma que se habia confiado a Moreno en la noche del 17, cuando todo estaba preparado para la salida, habia sido llevada fuera del fuerte por los paisanos. Lo que quedaba en plata efectiva se enterró juntamente con algunas armas y pertrechos. Diose fuego a algunos otros utensilios y se inutilizó la artilleria.

Tomadas todas estas disposiciones, la guarnicion se dispuso a salir del fuerte, mas antes se presentó una escena sumamente dolorosa. Era indispensable abandonar a los desgraciados heridos, por la imposibilidad de transportarlos en medio de la escabrosidad y maleza del barranco. El hospital estaba lleno de estas victimas, la mayor parte de las cuales eran soldados y oficiales que habian acompañado a Mina durante toda la espedicion. No podian moverse, teniendo casi todos algun miembro roto. Los que se iban no podian reprimir su dolor al dejar a unos compañeros que con tanto denuedo habian peleado y que tan adictos se habian mostrado a la causa de la libertad. Muchos de los heridos, previendo la suerte que les estaba reservada, pedian que les quitasen la vida; otros tenian alguna confianza en la compasion de los realistas; otros, sobrecogidos de pena y desesperacion, se cubrian el rostro con las manos y no podian pronunciar el postrer Adios.

A las once de la noche, marchó el coronel Bradburn con la division al punto en que debia hacerse la salida. El camino que se habia escogido era el del barranco de que tantas veces hemos hablado, por ser el unico que presentaba alguna probabilidad de resultado favorable. Al llegar al punto de reunion, el coronel vió con sorpresa que D. Pedro, que habia llegado antes, habia tenido la imprudencia de permitir a las mugeres y niños preceder a la guarnicion. Inmediatamente empezó la confusion; los gritos de aquellas

desgraciadas criaturas alarmaron al enemigo y así se enteró este de la salida. Siendo tan difícil la subida del barranco, las tropas no pudieron marchar con orden. Dispersaronse en la oscuridad, y cada cual buscó la mejor vereda sin pensar en los demas.

En lo mas hondo del barranco estaban los piquetes y las centinelas del enemigo con las cuales fue preciso tirotearse. Muchos de los fugitivos estaban tan debiles, que no pudiendo sostener mas fatiga, se echaron al suelo y quedaron en poder de las realistas: otros murieron en la accion. Los chillidos de las mugeres, el estampido de las descargas, los gritos de los que caian, los ayes de los heridos y la profunda oscuridad que por todas partes reinaba formaban una escena cuyo horror no admite descripcion. Algunos pocos se sentian tan desmayados, que volvieron al fuerte. Muchas mugeres tomaron este partido, prefiriendolo a la muerte inevitable que las amenazaba. Al rayar el dia, sin embargo, la mayor parte de los fugitivos habian llegado a la orilla opuesta del barranco. Creyeron, al verse en aquella posicion que se habia acabado el peligro, pero los estrangeros ignoraban el camino que debian seguir, y no sabian por donde dirigirse afin de no dar en manos de los contrarios. Marchaban a ciegas y divididos en grupos de dos, tres o seis hombres. Mui en breve fueron perseguidos por partidas de la caballeria, enviadas por el general a aquel punto, inmediatamente que se tubo noticia de haber sido evacuado el fuerte. Entonces principió otra horrorosa escena. La caballeria empezó a acuchillar a los patriotas, muchos de los cuales se arrodillaban pidiendo la vida. Mas no se dió cuartel a nadie. La mayor parte de ellos murieron, a sablazos los unos, a lanzazos los otros. Los pocos que escaparon, y uno de ellos fue D. Pedro Moreno, debieron la vida a la densa niebla que reinaba. Los soldados enemigos

no quisieron hacer prisioneros, porque, matando a los fugitivos, les era mas facil despojarlos de la ropa y del dinero.

En la mañana siguiente el enemigo se apoderó del fuerte, donde todos los enfermos y heridos fueron pasados por las armas. Los que quedaron en calidad de prisioneros trabajaron durante tres dias en demoler las obras, y concluida esta operacion, murieron del mismo modo. Uno de ellos descubrió el sitio en que estaba enterrado el dinero, mas no por esto obtuvo perdon. Asi acabó el sitio del fuerte del Sombrero, habiendo escapado con vida cincuenta hombres de los doscientos sesenta y nueve que Mina habia traído bajo sus ordenes.

Liñan, despues de haber demolido el fuerte, volvió triunfante a la Villa de Leon. No seria justo ni generoso, inferir de su conducta en esta ocasion, que sus oficiales aprobaron tan sanguinarias medidas, ni tampoco debe calumniarse en general el caracter español, porque algunos de los agentes del gobierno se han portado con crueldad. El autor ha conocido muchos oficiales de aquella nacion cuyos sentimientos humanos, generosos y nobles son sumamente honoríficos a su patria.

Hubo en los regimientos europeos de la division de Liñan muchos oficiales que se opusieron a las medidas que acabamos de referir y que suplicaron al general suspendiese la orden de pasar por las armas a los prisioneros hasta recibir la aprobacion del virrei. Aunque estuvo inexorable, ellos continuaron intercediendo en favor de aquellos desventurados. Despues se supo que habia llegado el perdon concedido por el virrei: mas era tarde.

CAPITULO IX.

Mina pasa al fuerte de Los Remedios. Llegada de los fugitivos del Sombrero. Descripcion del fuerte de Los Remedios, alias, San Gregorio. Acercase a el Liñan. Mina sale a su encuentro con novecientos hombres. Descripcion de estas tropas. Reunese el general con los restos de su division cerca de Tlachiquera. Sitio de Los Remedios. Mina se adelanta y toma el punto llamado Biscocho. Suerte de la guarnicion. Toma de San Luis de La Paz. Clemencia de Mina con la guarnicion. Ataque de San Miguel. Retirada y llegada al valle de Santiago. Descripcion. Movimientos de Mina y sucesos. Conducta del P. Torres. Continuan los sucesos del fuerte. El enemigo rechazado. Salida a una de sus baterias. Nuevas operaciones de Mina. Fuga de los patriotas del campamento de La Caja. Mina pasa a Jaujilla y al Valle de Santiago. Escaramuza con Orrantia y llegada de Mina a La Caja.

FRUSTRADOS todos los esfuerzos que Mina habia hecho para socorrer al fuerte del Sombrero, tubo que permanecer algunos dias en los montes circunvecinos con un pequeño cuerpo de caballeria.

Habiendo enviado a decir varias veces al P. Torres que socorriese al fuerte con sus tropas, o que protegiese los movimientos de la guarnicion, y recibiendo respuestas evasivas o insignificantes, determinó presentarse en el cuartel general de aquel gefe, y eccitarlo verbalmente a cumplir las palabras que habia dado. Pasó a Los Remedios, el diez y siete, dos dias antes de la evacuacion y toma del Sombrero, con una escolta de cien hombres